FL 03 23

Lengua y literatura griega 2, programa 21. Textos y comentarios sobre Sócrates. Por los profesores José María Lucas de Dios, Pedro Bádenas de la Peña y Concepción Morales Otal.

En esta emisión queremos dar a conocer distintos aspectos de la personalidad de Sócrates y su pensamiento, necesarios para completar lo dicho, por una parte en los temas de la tercera unidad didáctica y por otro, dar una idea de la situación intelectual y política en la última etapa de la Atenas del siglo V, periodo importante en que la democracia pasa por vicisitudes de diverso género, radicalización de la demagogia coincidente con la última etapa de la guerra del Peloponeso, derrocamiento del gobierno democrático tras la derrota de Gospótamos y restauración de la democracia al abolirse la tiranía de los 30, hecho que va a coincidir con la condena de Sócrates. Para nuestro propósito de hoy se darán lectura a diversos pasajes muy relacionados con la figura de Sócrates, tomados de los testimonios de Genofonte o Aristófanes. Paralelamente recomendamos al alumno la lectura o consulta de libros como el de Antonio Tobar, Vida de Sócrates, editado en Revista de Occidente, Madrid, 1966, y los capítulos sobre el socratismo en Ilustración y Política en la Grecia Clásica de Rodríguez Hadrados, Madrid, 1966.

Los problemas sobre Sócrates son muy numerosos y en gran parte de difícil solución. Las posiciones sobre el papel desempeñado por Sócrates en la cultura y pensamiento griegos son a menudo extremadas, desde la negación incluso por algunos críticos de su existencia, hasta la actitud también excesiva de ver en Sócrates el fondo del pensamiento de Platón. Sin embargo, sí que podemos observar en él el creador de una nueva moralidad basada en el descubrimiento de valores objetivos y racionales, con una cierta reacción ante la tradición religiosa y política de la Atenas de su tiempo.

De otro lado, lo que es muy importante es el papel que Sócrates juega en la creación de un nuevo género literario, a pesar de que no escribió nada. El diálogo socrático, conversación viva desarrollada en las plazas y palestras de Atenas, será el medio de expresión literaria de Platón, Genofonte, Esquines, continuándose con Aristóteles o el mismo Cicerón. En estos autores el diálogo llega a convertirse en un simple pretexto, a veces mera forma, donde un interlocutor básico diserta en largas tiradas, mientras otro se limita a responder brevemente.

Dependiendo del diálogo socrático están también los discursos de los cínicos, donde el orador desmonta los argumentos de un fingido interlocutor. Este modelo de diálogo seguirá utilizándose con Luciano y hasta en la homilia cristiana. Veamos algunas características del género dialógico.

En época de Sócrates el medio de investigación es el discurso seguido y largo, desarrollado por la sofística. A un bloque largo de contenido se le opone otro similar. Los conceptos se discuten o aclaran a base de exposiciones enfrentadas, antilogías.

Como se recordará, esto ya lo vimos en Tucídides. Bien, a esto Sócrates se opone con su

diálogo de frases cortas, a base de preguntas y respuestas, tratando de lograr el acuerdo del interlocutor discutiendo punto por punto, evitando la visión global. El mecanismo es el siguiente.

Ante una opinión vulgar, poco reflexiva, Sócrates ataca irónicamente desviándose del tema central y obligando a pronunciarse al contrario sobre las consecuencias últimas de lo dicho, con lo que el interlocutor acaba por reconocer que desconoce lo que creía saber. En buena parte el diálogo socrático es destructivo, lo que le granjeó antipatías y odios, pues apuntaba directamente contra las muchas incoherencias de la mentalidad ateniense de su época. La reconstrucción de las ideas de Sócrates depende en gran parte de los primeros diálogos de Platón, los llamados socráticos, como Eutidemo, Laques, Lisis, Eutifrón, etc.

En donde el tema depende de la pregunta básica, ¿qué es tal cosa? Por ejemplo, la piedad, la amistad, el valor, etc. De estos diálogos se desprende uno de los medios más usados por Sócrates en su investigación, la refutación, en griego, el enhos. Es decir, ante la pregunta planteada por Sócrates, el interlocutor tiene que ir dando definiciones que Sócrates desmonta.

Frente a este sistema del que Sócrates se sirvió, podemos añadir también la exhortación protrepsis. Esto es, mover a incitar a la virtud, lo cual se convertirá después en todo un género filosófico que acabará recogiendo el cristianismo. El pensamiento de Sócrates no se concretó en una doctrina determinada, al revés.

No hay en él la menor pretensión docta y hace gala con su famoso «sólo sé que no sé nada» de la modestia propia de un hombre del pueblo. Sobre la popularidad y desprendimiento típicos de Sócrates, pueden darnos una idea estas palabras de los recuerdos de Genofonte, en el libro 1.2.60. Es notorio lo popular y humano que era Sócrates, pues fue tal que, habiéndose hecho con muchos aficionados suyos, tanto ciudadanos como forasteros, de ninguno sacó nunca honorarios por su trato, sino que a todos, sin cálculo ni tasa, proveía de lo que él hubiera, y algunos, lo que habían recibido de él gratuitamente, iban vendiéndoselo bien caro a los otros, y no eran populares como él, pues con los que no tenían dinero para darles, no querían tener conversación. Sócrates, a lo largo de su vida entera haciendo dádiva de sus bienes, rendía los mayores beneficios a todos los que lo querían, pues hacerlos ser mejores era su regalo de despedida.

Todo esto contrasta con el distanciamiento y agureola de sabios y seres superiores que ofrecían sofistas famosos, como Protágoras, cuyas apariciones en público describió con gran ironía a Platón en su diálogo Protágoras. En este diálogo nos presenta a este conocido sofista en una erudita reunión en la lujosa mansión de Calias, en cuyo patio el maestro se pasea, seguido por sus discípulos, que evolucionan cuidada y artísticamente para no darle la espalda. La fuente más antigua para el conocimiento de Sócrates es la Comedia, concretamente Las nubes de Aristófanes, del año 423 a.C., obra en que se incluye a Sócrates dentro del bloque de los distintos intelectuales que florecieron en el periodo de la Ilustración Ateniense.

Así, el Sócrates que nos presenta a Aristófanes tiene rasgos de sofista, librepensador y algo

ateo, de meteorólogo, gramático, etc. Todo ello sometido a una caricatura sangrante contra las nuevas corrientes a las que Aristófanes considera en parte causantes del cambio de valores y en el fondo perniciosas. Oigamos algún fragmento de Las nubes donde se ve a un Sócrates racionalista y descreído ante la simpleza de Estrepsíades, que quiere tomar lecciones de los sofistas para aprender a no pagar sus deudas.

Así nos dice en los versos 365 y siguientes de Las nubes de Aristófanes. Habla Sócrates y dice Estas que ves, las nubes, son las únicas divinidades. Todo lo demás no son más que tonterías.

Responde Estrepsíades Pero Zeus, el olímpico, para vosotros, vamos, por la tierra, ¿no es un dios? ¿Qué Zeus? No digas bobadas. Zeus no existe. Pero ¿quién hace llover? Explícame esto lo primero de todo.

Ellas, sin duda, y te voy a enseñar las mejores pruebas de ello. Mira, ¿cuándo le has visto nunca que haga llover sin nubes? Tendría que hacer llover con un cielo sereno y sin que estuvieran las nubes ahí. Pues sí, por Apolo, para este asunto parece que presentas un buen argumento.

Y yo que creía antes que era Zeus el que hacía llover al mear en un cedazo. Pero ¿quién hace tronar? Explícamelo, porque eso me da escalofríos. Ellas mismas son las que troinan al rodar.

Dime cómo tú que te atreves a todo. Cuando están repletas de agua y se ven obligadas a moverse, se despeñan cargadas como están de lluvia y empujándose pesadamente unas a otras revientan y resuenan con estruendo. No cabe duda de que haciendo abstracción de las múltiples deformaciones de la sátira aristofanesca sobre Sócrates hay rasgos de verdad.

Pues de otra manera no es posible que el público contemporáneo reconociera tras esa máscara al Sócrates real que deambulaba por Atenas. Efectivamente, Sócrates tuvo su conexión con la sofística en una primera etapa, en particular con pensadores como Anaxágoras. Aunque los testimonios sobre ellos son contradictorios, así Platón en su Apología niega toda relación entre Sócrates y Anaxágoras.

En este sentido, dice Méleto, el acusador de Sócrates. Por Zeus, jueces, no considera a Dioses al sol y a la luna, puesto que dice que el sol es piedra y la luna tierra. Sócrates responde al apóteso acusador.

¿Crees que estás acusando a Anaxágoras, querido Méleto? Y por otra parte, ¿tanto desprecias a los jueces? ¿Crees que son tan iletrados como para no saber que los libros de Anaxágoras están llenos de esas palabras? ¿Y los jóvenes de Atenas iban a aprender de mí cosas que pueden conocer adquiriendo un libro por una dracma en el mercado de la plaza? Sin embargo, el mismo Platón, en otro de sus diálogos, en el Fedón, permite deducir que sí influyó en Sócrates el concepto del nus anaxagórico. Así nos dice en Fedón 97bc. Pero un día al oír hacer una lectura de un libro de Anaxágoras que decía cómo el nus, el espíritu, es el ordenador y causante de todo, me alegré con esto y me pareció que, en cierto modo, era una ventaja que fuera el espíritu la causa de todas las cosas.

Pensé que había encontrado en Anaxágoras a un maestro de la causa de los seres de acuerdo con mi deseo. A pesar de estos contactos, en realidad el pensamiento y comportamiento socráticos difieren de la sofística. Sócrates, al revés que los sofistas, no es un viajero y desarraigado de los ambientes tradicionales.

Nunca salió de Atenas, sino para cumplir con sus deberes como ciudadano defendiendo su patria en las campañas de Potidea y de León. Sócrates conversa con los hombres de la ciudad, con el ciudadano común, lejos de círculos selectos de los sofistas de renombre. La verdadera intención de Sócrates es iniciar, por la vía del autoconocimiento y de la reflexión personal, el perfeccionamiento moral y cívico de sus conciudadanos, y a esto es a lo que dedicó plenamente su actividad.

La conversación, para indagar en las ideas de los atenienses, le lleva al ocio total, desentendiéndose de todo problema económico y vital. Así, su estrafalaria y desalineada figura, unida a la ironía socarrona de su dialéctica, dan de él una imagen extravagante, permisible en Atenas a los forasteros, pero no precisamente a un ateniense como Sócrates. De ahí los orígenes de su ridiculización en la comedia, picota de todo el que destaca por algo, y también de su condena en el tribunal.

Paralelamente, es bien visto por la alta sociedad esnovista y diletante, que le acoge con curiosidad en sus intelectuales reuniones. Recordemos, en este punto del desarrollo de diálogos platónicos como el banquete en casa de Agatón, o el Protágoras en la de Calias, o la amistad con adinerados como Critón, que se ofreció a sobornar a los carceleros para que Sócrates se salvara. Puede observarse en esta austeridad agasajada por los ricos, el precedente de los cínicos, que vivirán como parásitos.

El buscar Sócrates la reforma moral de su ciudad le lleva a discrepar de ella en muchos aspectos, y en concreto, a enfrentarse en alguna medida con la democracia. El sistema de gobierno ateniense permitía, al someter a sorteo los cargos más delicados de la administración, la actuación en política de ciudadanos no especializados en la gestión pública. Sócrates, junto con los demás ilustrados, comprende lo contradictorio de este procedimiento, por lo que piensa que es necesaria una técnica imprescindible en la política y en la educación, de manera que él se jacta de saber enseñar a los hijos mejor que sus propios padres, lo que va contra la enseñanza tradicional y el respeto a los mayores.

Esta será la causa de la gran irritación contra Sócrates y permitirá uno de los cargos de su acusación, concretamente el que se refiere a la corrupción de la juventud. Sócrates intervino muy poco en política. Sobre ello, la tradición creó mil anécdotas a propósito de su torpeza, quizá deliberada en los asuntos públicos.

Ya en la Apología, que escribe Platón, hace gala de desconocer el sistema de intervenciones largas, propio de la defensa ante los tribunales. Parece ser, por el testimonio de Platón, que en una ocasión en que le correspondió presidir la Asamblea Popular, que juzgaba a los generales vencedores de la batalla de las Islas Arginusas, luchó contra la pasión y superstición

irracionales de la Asamblea, que quería condenarles a muerte por no haber podido recoger los cadáveres de los caídos después de la batalla a causa de una tempestad. Más tarde, ya bajo el régimen de la tiranía de los 30, trataron éste de hacerle cómplice de la muerte de León de Salamina, y se negó a ello.

No se plegaba, pues, Sócrates ni ante el pueblo ni ante los tiranos. El siglo V es el siglo de oro de Atenas, momento de la civilización en que se trata de reducir todas las actividades humanas a un sistema de principios racionales basados en la observación de lo correcto y lo incorrecto, de lo justo y de lo injusto. En este marco, Sócrates no hizo sino continuar esta corriente y culminar un proceso, cuando quiso hacerse una paideia de la educación, en un sentido más amplio, una tecne, un arte.

Naturalmente, esto supone, llevado a distintos planos, la creencia de la profesionalización, sea en política, sea en cada actividad particular. Sólo a través del conocimiento profundo de lo que cada uno desempeña se puede llegar al descubrimiento del bien en diferentes escalas. Sócrates trata, pues, en cierto modo, de señalar el camino para lograr unos principios estables.

Pero una ideología semejante implicaba, a la larga, el hundimiento del sistema social y político establecido, ya que un reformismo, en el fondo tan radical, significaba partir de cero en la construcción de una nueva sociedad y un hombre nuevo. Esta actitud, sobre todo tras la conmoción de la derrota de Atenas en la guerra del Peloponeso, la reacción de la tiranía oligárquica impuesta por Esparta y la posterior restauración democrática, hizo que a los ojos de la mayoría resultase Sócrates tan destructivo o más que los sofistas, pues éstos, al menos, enseñaban la práctica, quedando, a veces, en la superficie de las cosas. Pero Sócrates no.

En último término, Sócrates no admite otra norma de actuación que su propia conducta, el daimon, démon, genio, conciencia o quizá Dios, que es lo que le hace afirmar ante sus jueces. Obedeceré más al démon que a vosotros, atenienses. Tened presente que yo no puedo obrar de otro modo, ni aunque se me impongan mil penas de muerte.

Con este pensamiento, haced caso a mis acusadores, o no se lo hagáis, absolvedme o no me absolváis. Este racionalismo y fidelidad a sus propios criterios le impide hacer cualquier cosa que vaya contra lo que los hombres deciden interpretando las leyes. Cometen injusticia a los hombres, no las leyes, dice, pensamiento que irrita aún más a los jueces.

Sócrates fue condenado a muerte por impiedad, delito por el que no se había matado a nadie en Atenas. Y, en efecto, algo había en él que minaba la religiosidad y educaciones tradicionales. A pesar de su condena, Sócrates no se inmuta.

La tranquilidad de su propia conciencia le basta para enfrentarse a un destino que no le preocupa, a la vez que advierte irónicamente a quienes acaban de condenarle. Sí, ya es hora de que nos marchemos. Yo a morir, vosotros a vivir.

Pero ¿cuáles de nosotros vamos a mejor negocio? Cosa es oscura para todo ser, salvo para el

Dios.